

Me retiré, pues, y en el corredor una puerta se entreabrió para dejarme ver el lindo rostro de Presentación y una blanca manecita que me saludaba.

XXX

A poco de esto entraba en casa de Doña Flora. Después de enterar á la Condesa del resultado de mi visita, dije á Inés:

—Asunción vendrá aquí. Ahora salía con D. Paco.

Un momento después, Asunción entró, y las dos amigas se abrazaban llorando. Salimos del gabinete Amaranta y yo, dejándolas solas para que hablaran á su gusto; pero la Condesa, apostándose tras de la puerta, me dijo con malicioso acento:

—Yo me quedo aquí para oírlo todo. Será curioso lo que hablen. Ya sabes que en palacio he realizado grandes cosas escuchando detrás de las cortinas.

—No es ningún negocio de Estado lo que van á tratar. Yo me voy.

—Quédate, necio, y oye... Por no querer oír rompimos las amistades en El Escorial... Considera que han de hablar algo de tí.

Verdad es que si la delicadeza me ordenaba cerrar los oídos, la curiosidad me impulsaba á abrirlos. Venció la curiosidad, mejor dicho,

venció la pícara Amaranta, que no podía dejar de ser cortesana. Las muchachas hablaban alto, y lo oímos todo, y aun veíamos algo.

—No quería mamá que te viera, Inés—declaró Asunción.—¡Qué raro acontecimiento! Yo me despedí creyendo no verte más... y ahora yo estoy en casa y tú fuera. ¡Hipócrita, tan preparado lo tenías, y no me habías dicho nada!

—Te equivocas—repuso Inés,—yo no he salido como tú... Pero no quiero acusarte ahora, puesto que arrepentida de tu gran falta, volviste á casa de tu madre. ¿Has conocido tu error, has abierto los ojos comprendiendo el abismo de perdición en que ibas á caer, en que quizás has caído ya?

—No sé lo que me pasa—dijo Asunción apretando las manos de su amiga.—Estoy horrorizada de lo que hice. Me volví loca; se me encendieron en la imaginación unas llamas que no me dejaban vivir, y conociendo el mal, érame imposible evitarlo. Lord Gray há tiempo que quería sacarme de la casa: yo me resistía; mas al fin tanto pensé en ello, tanto discurrí sobre aquel gran pecado á que él me quería inducir, que se me clavó dentro de la cabeza la idea de cometerlo, y sin saber cómo lo cometí. ¿Por qué no te echastes en mis brazos para impedirme salir? Ahora vengo á que me fortalezcas. Yo no puedo vivir lejos de tí; y si desde mucho antes no caí en el lazo, lo debo á tu buena amistad. ¿Nos separaremos ahora? Entonces voy á ser muy desgraciada, querida mía. Vuelve á casa, por Dios, y yo te

juro que lucharé con todas las fuerzas de mi alma para olvidar á Lord Gray, como tú desees.

—Yo no podré lograr ahora lo que antes no logré—replicó Inés.—Asunción, entra en el convento mañana mismo. Cuando traspases la puerta de la santa casa, deja fuera todos los pensamientos de este mundo, pide á Dios que te libre de la gran enfermedad que padece tu alma, procura formarte de nuevo, y ser otra mujer diferente de lo que hoy eres.

—¡Ay!—exclamó la otra con dolor arrojándose delante de su aniga.—Todo eso lo he intentado; pero cuanto más he querido no pensar en él, más pienso. ¿De qué me vale rezar, si no puedo representarme imagen ninguna de Dios ni de santo que sea distinta de la suya...? ¡Ay, Inés! Tú sabes muy bien la vida que llevamos en casa de mi madre; tú sabes muy bien la espantosa soledad, tristeza y fastidio de nuestra vida. Tú sabes muy bien que allí quiere una rezar y no puede, quiere una trabajar y no puede, quiere una ser buena y no puede. Obligadas por el rigor de mi madre, trabajan las manos, pero no el entendimiento; reza la boca, pero no el alma; se ciegan y abaten los ojos, pero no el espíritu... Las mil prohibiciones que por todas partes nos entorpecen, despiertan en nuestro pecho ardientes curiosidades. Ya sabes que todo lo queremos saber, todo lo averiguamos, y de todo hacemos un objeto de afanes é inquietudes. Como sabemos disimular, vivimos en realidad con dos vidas, una para mamá y otra

para nosotras mismas, una vida acá para una sola, con sus pesares y sus delicias... Como nos apartan del mundo, nosotras nos hacemos un mundito á nuestro modo, y echando fuego, mucho fuego al horno de la imaginación, allí forjamos todo lo que nos hace falta. Ya lo ves, amiga. ¿Tengo yo la culpa? ¡Si no lo podemos remediar; si se nos ha metido dentro un demonio, un demonio grandísimo, Inés, al cual no es posible echar fuera!...

—Tú y tu hermana seréis muy desgraciadas.

—Sí: desde que éramos chiquitas, mamá nos asignó á cada una el puesto que habíamos de tener en la sociedad: yo monja; mi hermana nada. A mí me educaron para el claustro; á mi hermana la criaron para no ser nada. Nuestro entendimiento, nuestra voluntad, no podían apartarse ni tanto así del camino que se les había trazado: á mí el camino del monjío; á Presentación el camino de no ser nada. ¡Ay, qué niñez tan triste! No nos atrevíamos á decir, ni á desear, ni siquiera á pensar cosa alguna que antes no estuviera previsto é indicado por mamá. No respirábamos en su presencia, y nos infundían tanto, tanto pavor sus mandatos y reprimendas, que nos era imposible vivir. ¡Ay, para poder vivir nos fué preciso engañarla, y la engañamos!... Dios ó no sé quién nos inspiraba un día y otro mil ingeniosidades, y se desarrolló en las dos un talento superior para el engaño. Yo me esforzaba, sin embargo, en tener devoción, y pedía á Dios que me diera fuerzas para no mentir y que me

hiciera santa; yo se lo pedía todas las noches cuando me quedaba sola y podía rezar con el corazón. Delante de mamá no rezaba sino con los labios... Pues bien: en cierta época de mi vida llegué á conseguir lo que á Dios pedía: llegué á aficionarme á las cosas santas; llegué á sentir un entusiasmo, una exaltación religiosa semejante á la que ahora siento por muy distinto objeto. Me consideraba feliz, y pedía á la Virgen que conservara en mí tan agradable estado. Entonces me perfeccioné por algún tiempo; se acabaron los disimulos, y tuve la gran satisfacción de hablar repetidas veces con mi madre sin decir cosa alguna que no saliese de mi corazón. Raudales de verdad, de fe, de amor apacible y místico á los santos y santas brotaban de él. Yo dije: «¡Qué fortuna he tenido en que me destinaran al claustrol» Mis insomnios eran dulces y placenteros, mi imaginación era como un celaje poblado de angelitos. Cerraba los ojos y veía á Dios... sí, á Dios, no te rías; á Dios mismo con su barba blanca y su capa... pues, como le pintan...

—Todo eso duró hasta que viste á Lord Gray con su pelo rubio y su capa negra... pues, como es,—dijo Inés.

—Me lo has quitado de la boca—prosiguió Asunción, siempre de rodillas y con los brazos apoyados en los de su amiga.—Lord Gray fué á casa: yo le miré y dije para mí que se parecía á un San Miguel que está pintado en mi devocionario. Me dijeron que yo era muy piadosa, y él hizo demostraciones de gran ad-

miración. Después, en las noches sucesivas, empezó á contar las maravillosas aventuras de sus viajes, y yo le oía con más religiosidad que si fuera el primer predicador del mundo narrando las hermosuras del Cielo. En aquellas noches, yo no veía alrededor de mí más que tigres del Africa, cataratas de América, pirámides del Egipto y lagunas de Venecia. Estaba encantada, y bendecía á Dios por haber creado tantas cosas bellas, incluso á Lord Gray. ¡Oh! Lord Gray no se apartaba de mi imaginación. Al sentir sus pasos me era difícil disimular la alegría; si tardaba, me ponía triste; si hablaba con vosotras y no conmigo, me moría de rabia... Le decían siempre que yo era muy piadosa: ya recordarás que él me alababa mucho por esto. Mamá nos permitía á las tres que habláramos con él. Con el pretexto de la piedad, me decía mil cosas sobre asuntos de religión delante de vosotras. Una noche que pudo hablarme á solas me dijo que me amaba... Yo sentí un sacudimiento: me pareció que el mundo se había abierto en dos pedazos debajo de nosotras. Le miré, y él clavaba los ojos en mí. Me sentía fascinada y no acertaba á contestarle... Todas las noches hablaba, como sabes, de cosas santas; con dificultad me decía algunas palabras á solas; me preguntó durante tres noches seguidas si le amaba, y á la tercera noche le contesté que sí... Tú sabes muy bien cómo nos entendíamos. Lord Gray me dijo: «Yo hablaré con Inés cerca de tí. Pon atención á lo que le diga, y haz cuenta de que te lo digo á tí. Habla

tú con tu hermano y procura contestarme con palabras dirigidas á él... Teníamos además mil señales. Tú eras tan buena que te conformastes con tu papel. Ojalá no hubieras sido tan condescendiente. Cuando Lord Gray me arrojaba cartas por la ventana y tú te apropiabas la culpa para librarme de las crueles reprensiones, lejos de detenerme en la pendiente, me hacías precipitar más por ella. Nada conoció ni ha conocido mamá. ¡Ojalá lo conociera, aunque me hubiese matado!... ¿Te acuerdas del día en que fuí con ella al convento del Carmen, convidadas por Fray Pedro Advíncula para ver desde una tribuna la función de la Virgen? ¡Ay! Después de la función un lego nos llevó á ver la sala de Capítulo. No sé cómo ni por qué causa me encontré separada de los demás en una celdita sombría. Tuve miedo... de repente se me presentó Lord Gray, quien me estrechó en sus brazos repitiéndome con ardientes palabras que me quería mucho. Fué un segundo y nada más; pero en aquel segundo Lord Gray me dijo que me era forzoso partir con él, porque si no moriría de desesperación...

—Nada de eso me habías dicho.

—Te tenía miedo. Verás lo demás. Me reuní al instante con mi madre y con el lego. Aquella súplica, ó más bien que súplica mandado de huir con él, se me clavó en el pensamiento como una espina. No dormía, no vivía, no pensaba más que en aquello. Me parecía un delito horroroso: echaba de mí esta idea, y cuando me encontraba sin ella, salía volando

á buscarla, porque sin ella no podía vivir... No creas que aborrecí la devoción, al contrario. La meditación era mi delicia y meditando era feliz... ¡Ay! Lord Gray en todas partes: Lord Gray en los altares de la iglesia, en el de mi casa; Lord Gray en el breve espacio de calle y de mundo que se nos permitía ver desde nuestro cuarto; Lord Gray en mis rezos, en mi libro de oraciones, en la obscuridad, en la luz, en el bullicio y en el silencio. Las campanas tocando á misa me hablaban de él. La noche se llenaba toda con él. ¡Oh, Inés de mi corazón! ¡Cuán desgraciada soy! ¡Tener esta enfermedad en el espíritu y no poder desecharla; tener esta fragua de pensamientos en el cerebro y no poder echarle agua para que se apague!...

Breve rato permanecieron las dos amigas en silencio, y después Asunción prosiguió de este modo:

—Nos comunicábamos al fin por un medio que tú no conociste ni llegaste á sospechar. Parece imposible que por tanto tiempo pueda guardarse secreto tan peligroso sin que por nadie sea descubierto. Yo le había dicho que si por indiscreción ó vanidad suya alguna persona, cualquiera que fuese, llegaba á conocer nuestro secreto, le aborrecería... Después del día en que hablé con él en las Cortes, cuando se empeñó en que le habíamos de seguir á bordo de no sé qué barco, y al fin nos envió á casa con Fray Pedro Advíncula; después de aquel día, digo, no le había vuelto á ver... Mi madre sospechaba de tí y le había prohibido

entrar en casa. ¿Recuerdas aquella anciana pordiosera que iba á casa á vender rosarios? Pues ella me traía sus recados y le llevaba los míos. Yo le escribía poniendo ciertos signos con lápiz en una hoja arrancada de la *Guía de Pecadores* ó del *Tratado de la Tribulación*; de modo que el gran Fray Luis de Granada y el Padre Rivadeneyra han sido nuestras estafetas. El me decía cosas hermosísimas y apasionadas que más me arrebatában y confundían. Me pintaba su infelicidad lejos de mí y las grandes dichas que Dios nos tenía reservadas. Por algún tiempo dudé. Yo creo que viéndole, hablandole ó distraiendo con el trato de diversas gentes mi espíritu, se habría aplacado la efervescencia, el bullicio, la borrasca que yo sentía dentro de mí; pero ¡ay! el largo encierro, la soledad, la idea de sepultarme para siempre en el claustro, me perdieron... Inés, figúrate que el corazón se destroza y se oprime; que con la opresión la naturaleza toda, alma y cuerpo estallan; figúrate que se siente por dentro una iluminación, una inquietud no comparable á las demás inquietudes, porque es la sed del espíritu que quiere saciarse, una quemazón que crece por grados, un mareo que desfigura todo cuanto nos rodea, un impulso, un frenesí, una necesidad, porque necesidad es la de romper el cerco de hierro que nos estrecha; figúrate esto, y me comprenderás y me disculparás... Yo decía: «Sí, Dios mío, me marcharé con él, me marcharé.» Momentos de alegría loca sucedían á otros de tristeza más negra que el purgatorio. Glorias é infiernos se sucedían

rápidamente unos tras otros dentro de mi pecho. Dudaba, deseaba y temía, hasta que un día dije: «Sé que me condenaré, pero no me importa condenarme...» y después me ponía á llorar pensando en la deshonor de mi familia. Por último, pudo más mi amor que todas las consideraciones, y me decidí. Lord Gray, por unos moldes de cera que le envié, falsificó las llaves de la casa; le escribí fijando hora, fué... salí... Pero ¡ay! al verme fuera de casa, parece que se me cayó el cielo encima con todas sus estrellas... Lord Gray me llevó á una casa que está muy cerca de la nuestra, en la calle de la Novena... No era aquélla su vivienda. Salió una señora de edad á recibirnos. Yo me sentí acongojada y aturdida, empecé á llorar, y pedí ardientemente á Lord Gray que me llevase otra vez á mi casa. Quiso consolarme; el sentimiento de la honra se encendió en mí con inusitada fuerza, y la vergüenza me inflamaba el alma como antes la pasión. Deseé la muerte y busqué un arma para extinguir mi vida; Lord Gray fingió enojarse ó se enojó realmente. Díjome algunas palabras duras. Prometí amarle con más vivo cariño si me volvía á mi casa. Viendo que no accedía á mis súplicas, grité; acudió la señora anciana, diciendo que la vecindad se había alarmado y que nos fuéramos á otra parte. Irritóse Lord Gray y amenazó á la señora vieja con ahorcarla. Después pareció conformarse con mi deseo, y dándome mil quejas llevóme sin dilación á mi casa. Por el camino me aseguró que partiría pronto para Inglaterra y que le concediera otra entrevista.

Yo se lo prometí, porque al paso que me aterraba la idea de mi deshonor, me hacía muchísimo daño su determinación de partir para Inglaterra... ¡Ay, Inés, qué noche! Entré en casa llena de miedo. Me parecía ver á mi madre esperándome en la escalera con una espada de fuego... Subí temblando... Tardé más de una hora en volver á mi cuarto, porque no andaba, sino que me arrastraba lentamente para no hacer ruido. Al fin, llegando á la alcoba, corrí á tu cama para confesártelo todo: no estabas allí. Figúrate cuál sería mi confusión.

—Yo desperté—dijo la otra.—Creí sentir pasos dentro de la casa. Te ví salir, y por un instante el temor no me permitió hacer ningún movimiento ni tomar resolución alguna. Quise después correr tras de tí: yo sabía que tenía poder bastante para destruir tu alucinación, y fiaba en el cariño que nos profesamos, en lo que me debes, en la deuda que tienes conmigo por haberte librado de las sospechas de tu madre. La idea de tu oprobio me volvía loca... Salí en busca tuya. Lo demás no necesitabas saberlo. Yo no soy esclava de la autoridad de Doña María como lo eres tú; aquella casa no es la mía: mi casa es ésta. Asunción, querida amiga y hermana mía, nos separamos hoy quizá para siempre.

—No te separes de mí—clamó Asunción abrazando á su amiga y besándola con ardiente cariño.—Si te separas, no sé qué será de mí. Recuerda lo que hice anoche... Inés, no me dejes. Vuelve á mi casa, y prometo no

hacer cosa alguna sin tu permiso, esclavizando mi pensamiento al tuyo, y lograré adquirir una parte al menos de la santa serenidad que te distingue. He venido sólo á rogarte que vuelvas á mi casa. Prométeme que volverás.

—Por distintos caminos nos lleva Dios á tí y á mí, Asunción. Por de pronto no admitas cartas, ni avisos, ni recados de Lord Gray. Levántate á la altura de tu dignidad; abraza con resignación la vida del claustro, y dentro de algún tiempo te verás libre de ese gran peso.

—No, no puedo. La vida del claustro me aterra. ¿Sabes por qué? Porque tengo la seguridad de que en el convento he de anarle más, mucho más. Lo sé por experiencia, sí: la soledad, el mucho rezar, las penitencias, las meditaciones, las vueltas y revueltas y dolorosos giros del pensamiento, más y más avivan en mí la pasión que me quema. Lo sé muy bien, lo veo, lo toco. Yo he amado á Lord Gray, porque en mis solitarias devociones se ha apoderado de mi espíritu como el demonio tentador... No, no iré al claustro, porque sé que lo tendré siempre delante mezclado con aquella dulce poesía del coro y el altar. ¡Ay, amiga mía! ¿Crearás esto que te digo? ¿Crearás esta profanación horrible? Pues sí, es verdad. En la Iglesia ha tomado cuerpo esta insensata inclinación. Tal efecto hace en mi espíritu turbado todo lo que se refiere á devociones y piedades, que siempre que escucho el son de un órgano, tiemblo de emoción; las campanas de la Iglesia hacen palpar mi

pecho con ardiente viveza; la obscuridad de los templos me marea, y Jesucristo crucificado no puede serme amable si no me lo represento con el mismo rostro que veo en todas partes... Esto espanta, ¿no es verdad? Pero no puedo remediarlo. Yo creo que es una enfermedad. ¿Tendré yo un mal incurable? Ojalá me muera mañana de él. Así descansaría... No, no quiero claustro. Quiero distraerme con el trato de multitud de gentes; ver diversidad de espectáculos; visitar el mundo, la sociedad; asistir á tertulias, donde se hable de muchas cosas que no sean Lord Gray; quiero que mi pensamiento se enrede aquí y allí, se desparame pasando y repasando por distintos caminos, para dejarse un vellón de lana en cada flor, en cada espina. Lo que me ha de curar es el mundo, amiga querida; es el mundo con todo lo bueno que encierra, la sociedad, la amistad, las artes, el viajar, el mucho ver y el mucho oír; que verdaderamente, aunque mi madre crea lo contrario, la mayor parte de lo que vemos y oímos en el mundo es honrado, lícito y provechoso... Apártenme de la soledad, que es causa de mi perdición; apártenme de las meditaciones, del cavilar, de este perenne volteo y constante rodar sobre el eje de una sola idea. Si he de curarme, no me curarán los conventos. Querida amiga, segura estoy de que, si entro en él, amaré más locamente á Lord Gray, porque no habrá cosa alguna que le aparte de los vigilantes y calenturientos ojos de mi espíritu; y si ese hombre se empeña en perseguirme aun en la casa de

Dios, como sabe hacerlo, no podré guardar la santidad de mis juramentos, y rompiendo rejas y votos, me asiré á la primera cuerda que ponga en la ventana de mi celda para arrojarme á la calle. Yo me conozco, querida mía; sé leer claramente en este obscuro libro de mi alma, y no me equivoco, no.

Oyendo estas palabras en boca de la infeliz joven, al paso que compadecía su desventurada pasión, admiraba la gran perspicacia de su entendimiento.

—Pues ten valor. Dí á tu madre que no quieres ser monja,—indicó Inés.

—Ayudada por tu amistad podría hacerlo. Sola no me atrevo. Ella considerará esto como una deshonor, y entonces tendrá el claustro en casa, porque me encerrará para siempre.

—Todo eso puede vencerse. Principia por rechazar á Lord Gray.

—Lo haré si no le veo, si no me persigue...

Asunción pronunciaba estas palabras, cuando sentimos los pasos de Lord Gray.

—¡El es! —dijo con terror.

—Ocúltate y sal de la casa.

Amaranta hizo pasar á Lord Gray á una estancia inmediata, y al instante me llamó á su lado. El inglés afectaba tranquilidad; mas la Condesa, adivinando sus propositos, le desconcertó al momento.

—Ya sé á qué viene usted—le dijo.—Sabe que Asunción ha entrado en mi casa... Por Dios, Lord Gray, retírese usted. No quiero nuevas ocasiones de disgusto con Doña María.

—Discreta amiga mía—repuso él con vehemencia,—no me juzgue mal. ¿Impedirá usted que me despida de ella? Dos palabras nada más. ¿Saben que me voy esta noche?

—¿Es de veras?

—Tan cierto como que nos alumbraba el sol... ¡Pobrecita Asunción!... También ella se alegrará de verme... Vamos, no salgo de aquí sin decirle adiós...

—Francamente, Milord—indicó Amaranta.—No creo en su partida.

—Señora, aseguro á usted que partiré de madrugada. Me ha detenido tan sólo la broma que pensamos dar á Congosto... Sea testigo Araceli de lo que digo.

La Condesa, sin aguardar á más, abrió la mampara, y las dos muchachas aparecieron ante nosotros.

Asunción no podía ocultar la angustia que la dominaba, y quiso retirarse.

—¿Se marcha usted porque estoy aquí?—dijo secamente Lord Gray.—Pronto saldré de Cádiz y de España, para no pisar más esta tierra de la ingratitud. Los desengaños que aquí he padecido me impelen con fuerza á huir, aunque mi corazón no ha de encontrar ya reposo en ninguna parte.

—Asunción no puede detenerse para oírle á usted—dijo Inés.—Tiene que marcharse á su casa.

—¿No merezco ya ni dos minutos de atención?—afirmó con amargura el noble Lord.—¿Ya no se me concede ni el favor de una palabra?... Está bien; no me quejo.

—Ahora parece indudable que parte,—dijo Amaranta.

—¡Señora, adiós!—exclamó Lord Gray con emoción profunda, verdadera ó fingida.—Araceli, adiós; Inés, amigos míos, procuren olvidar á este miserable. Y usted, Asunción, á quien sin duda debo haber ofendido, según el encono con que me mira, adiós también.

La infeliz se deshacía en lágrimas.

—Había solicitado de usted el último favor, una entrevista para despedirme de la que tanto he amado; pero no espero conseguirlo. He sido un insensato... ha hecho usted bien en cobrarme de pronto ese aborrecimiento que me revelan sus bellos ojos... ¡Miserable de mí, he aspirado á lo que me era tan superior! En mi demencia juzgué posible apartar esta noble alma de la piedad á que desde el nacer se inclina; aspiré á lo imposible: á luchar con Dios, único amante que cabe en la inconmensurable grandeza de ese corazón... Adiós: vuelva usted á sus santidades; remóntese á las celestiales alturas de donde este infame quiso hacerla descender. Entre usted en el claustro... entre... Perdóneme Dios mis arrebatados pensamientos... Cada cual á su puesto. Angeles al cielo, miseria y debilidad á la tierra... Antes amor, locura, ardientes arrebatos; ahora respeto, culto. Mañana, como ayer, vivirá usted en mi corazón; pero ahora, santa mujer, está usted dentro de él canonizada. Adiós, adiós.

Y apretando calurosamente las manos de la joven, partió con tales modos, que todos lo

creímos con el corazón despedazado, y tuvimos lástima de él.

Poco después Asunción, acompañada de su ayo, salió á la calle, y la santa imagen, entrando en la casa materna, volvió á su altar.

Mis lectores creerán, juzgando á Lord Gray por las palabras arriba reproducidas, que el astuto seductor partía realmente renunciando á la empresa frustrada en la célebre noche. ¡Qué error! Sigán leyendo un poco más, y verán que aquella despedida, admirable recurso estratégico empleado contra la alucinada niña, sirvióle de preparación para el hecho (catástrofe podemos llamarlo) consumado aquella misma noche, y con el cual da fin la curiosa aventura que estoy contando.

XXXI

Narraré punto por punto. Aconteció, pues, que cerca ya del obscurecer, en el siguiente día, entraba yo con toda tranquilidad en casa de Doña Flora, cuando ésta, Amaranta y su hija salieronme al encuentro con gran sobresalto y alarma.

—¿No sabes lo que ocurre?—dijo Doña Flora.—El bribón de Lord Gray ha cargado con la santa y la limosna. La Asuncioncita ha desaparecido anoche de la casa.

—Pero ha sido violentamente—dijo Inés,—porque D. Páco apareció atado al barandal de la escalera. Ella debió de resistir... A sus gritos despertóse Doña María; pero cuando salieron ya estaban fuera. Esta mañana, Presentación, hostigada por su madre, hizo confesión de los amores de su hermanita.

—No me digan á mí que ha resistido—objetó Doña Flora.—Lord Gray es muy galán y muy lindo mozo... ¿A qué vienen con hipocresías?... La niña se marchó con él porque le dió la gana.

—Doña María estará satisfecha de la formalidad de las niñas...—dijo Amaranta riendo.—Ahora repetirá su muletilla: «Yo educó á mis hijas como me educaron á mí.»

—¿Pero se ha marchado Lord Gray con ella?—pregunté.

—Se dispone á partir.

—Acaba de salir de aquí un capitán de navío, el cual me ha dicho que Milord ha fletado el bergantín inglés *Deucalion*, que parte mañana.

—¿Pero no corremos á impedirlo?—dijo Inés con gran zozobra.—Aún es tiempo.

—Eso será de cuenta de Doña María.

—Pero será forzoso avisarle que el *Deucalion* sale esta noche, y que lo ha fletado Lord Gray.

—Sí, es preciso avisárselo—repitió Inés con energía.—Iré yo misma.

—Gabriel irá al momento.

—¿Por qué no? Aunque Doña María me arrojó ayer de su casa, no tengo inconveniente en prestarle este servicio.